

HISTORIAE DE EXCIDIO HIEROSOLYMITANAE URBIS ANACEPHALAEOSIS, ES DECIR, Repetición de casi todo lo que se ha dicho en los libros anteriores.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el año 42 después de la pasión del Señor, y en el primer año del imperio de Vespasiano, Judea era desgarrada por guerras ásperas y sediciones internas. La misma ciudad de Jerusalén sufría de una guerra interna. No había interrupción, ni descanso, ni tregua; en todo momento se combatía. Muchos caían, innumerables eran degollados. La sangre manchaba todo, incluso llenaba los umbrales del templo: por todas partes caían cadáveres: unos eran heridos por flechas, otros por proyectiles. Ningún lugar estaba libre de peligro, no había esperanza de conversión, ni posibilidad de huir: todo era triste y lleno de horror, y lleno de crueldad: en todas partes había luto, en todas partes terror: el clamor de las mujeres, el lamento de los ancianos, los gemidos de los moribundos, la desesperación de los vivos: de modo que podrías decir que eran miserables los que quedaban, y bienaventurados los que morían. ¿Cómo fuiste engañada por tus pueblos, tú que antes parecías bienaventurada? ¿Cómo fuiste vencida por tus propias armas, y se volvieron contra ti tus manos, tú que solías vencer sin armas, y herir al enemigo sin batalla alguna, cuando los Ángeles luchaban por ti, y las olas del mar, las grietas de la tierra, los truenos del cielo te servían?

CAPÍTULO II.

Levántate ahora, Moisés, y ve a tu pueblo y la herencia del pueblo que te fue confiado, perecer por sus propias manos: mira a ese pueblo de Dios, al que se le abrió el mar cuando caminaba, al que el cielo le proporcionaba alimento cuando tenía hambre, ahora encerrado sin mar, sitiado sin Faraón, hambriento sin la esterilidad de la tierra. Levántate, Aarón, que alguna vez, por la ofensa de Dios, cuando la muerte devoraba a muchos del pueblo, te pusiste entre los vivos y los muertos, y la muerte se detuvo, y la plaga se detuvo ante tu cuerpo, y no pudo pasar al contagio de los vivos. Levántate también tú, Josué, hijo de Nun, que derribaste los muros inexpugnables de Jericó con el sonido de las trompetas; y ve al pueblo al que sometiste a los extranjeros, ahora oprimido por los mismos. Levántate, David, acostumbrado a expulsar el espíritu exasperante con la dulzura de la cítara, y ve cómo la furia dominaba, y borraba toda la dulzura de tus salmos de los sentidos de los perdidos, y cada uno de los príncipes llevaba a todo el pueblo a la muerte, para arrebatarse la libertad, por la cual te ofrecías a ti mismo a la muerte. Levántate, Eliseo, que introdujiste al enemigo en Samaria, y lo hiciste amigo. Por ti resonó el fragor de los carros en los campamentos de Siria, y la voz de los jinetes y de la virtud: el enemigo huyó, el judío escapó del asedio. ¿Dónde están ahora esos méritos, y dónde están ahora esas obras de los santos? No es de extrañar que las obras de los profetas hayan fallado, quienes negaron al árbitro de los profetas. Por eso, en ti, Judea, se vuelven las armas, tus oraciones no te sirven de nada, porque tu fe no obra nada: por eso tu pueblo se ha vuelto contra ti, porque tu perfidia se ha vuelto contra ti. ¿Qué remedio se busca, donde el autor del remedio no es conciliado? ¿Qué pensabas que sucedería, cuando con tus manos extinguías tu vida, cuando con tus voces exterminabas a tu defensor, sino que también te echarías las manos encima? Tienes lo que pediste. Te arrebataste a ti mismo el Príncipe de la paz, pediste que se matara al árbitro de tu vida, que se te concediera a Barrabás; quien por una sedición hecha en la ciudad y homicidio había sido enviado a la cárcel (Lucas 23, 19): por eso la salvación se ha alejado de ti, la paz se ha ido, el descanso ha cesado: se te ha dado sedición, se te ha dado destrucción: reconoce que hoy Barrabás vive para ti, y Jesús está muerto. Por eso reina en ti la sedición, la paz está sepultada, para que perezcas más cruelmente por los tuyos, y antes de que perezcas por los extraños.

CAPÍTULO III.

¿Qué tanto, miserable ciudad, te ha traído el romano con sus armas, como tu propio pueblo te ha traído males? Que lucharas contra los romanos, lo hicieron los tuyos: los romanos querían la paz, tú declaraste la guerra. ¿Qué razón había para que provocaras a los más fuertes? Es duro, ciertamente, que un gentil haya entrado en el templo sagrado: pero ya no era el templo de Dios. No eras la ciudad de Dios, ni podías serlo, siendo el sepulcro de los muertos: especialmente de los tuyos, a quienes tú misma habías matado, no a los que habías perdido por el enemigo. ¿Cómo podías ser la morada de la vida, siendo la morada de la muerte, el albergue de los crímenes, la cueva de los ladrones? En ti yacían insepultos Anás y Juan, príncipes de los sacerdotes; y aquellos que antes vestían estolas sacerdotales, que incluso eran venerados por los extranjeros, yacían deformes. Sus cadáveres se convirtieron en alimento de aves y devoración de perros, lacerados sus miembros, y dispersos por toda la ciudad, de modo que parecía deplorar la apariencia de la antigua santidad tal afrenta al nombre sagrado, y la deformidad de un don que antes era espléndido. Pero tú misma iniciaste esta indignidad, que en medio de tu seno matabas a los profetas, que apedreabas a los santos del Señor. Ante el templo yacía Zacarías exánime, yacía inhumado: por tanto, tu sangre lo lava. ¿Cuál fue la causa de la muerte de Anás, sino que increpó a tu pueblo, porque no se levantaba en defensa del templo, porque reclamaba la libertad perdida, la virtud abandonada, las reliquias de los antiguos sagrados pisoteadas, los altares mancillados: afirmaba que debía abandonarse al pueblo, contaminado por el uso de simulacros insensibles y al modo de estatuas ya insensible? Pues los animales mudos suelen mostrar, al menos, la reciprocidad de la venganza, sentir la injuria, ser incitados por el aguijón, evitar los golpes. Quien, por tanto, ni se excita, ni sabe evitar lo que le daña, es semejante a los insensibles.

CAPÍTULO IV.

Y en verdad, ¿dónde está tu libertad, por cuyo afán en otro tiempo no pensaste ceder ni a los egipcios, ni a los filisteos, ni a los asirios, después ni a los medos? ¿Dónde está aquella fe de los macabeos, que en otro tiempo en pocos derramó a los babilonios, hizo huir a los persas, abatió a Demetrio; finalmente, en niños y mujeres superó las armas, espadas e incendios de Antíoco: y prefirió morir por la observancia de la patria, que obedecer a los mandatos reales? ¿Dónde está aquella devoción de los padres, la más hermosa de todas las pasiones, por la cual se ofrecían a la muerte no por los hijos, no por las esposas, sino más bien por el templo de Dios? Antes también floreció la vara sacerdotal, cortada de la raíz silvestre: ahora la fe se marchita, y la piedad está sepultada, y ha desaparecido toda emulación de la virtud. No es de extrañar, si el pueblo que se apartó de Dios, y sigue el espíritu impío de contradicción, está dividido en sí mismo. ¿Cómo podía mantener su paz, quien rechazó la paz de Dios? La paz de Dios es Cristo, quien hizo de los dos uno (Efesios 2, 14). Con razón, por tanto, de un solo pueblo se hicieron muchos contra sí mismos, porque no quisieron seguir a Jesús, quien uno lo dividido, sino que siguieron al espíritu de furia, quien divide lo unido.

CAPÍTULO V.

Pagabas, pues, Jerusalén, el precio de tu perfidia, cuando tú misma con tus manos destruías tus fortificaciones, cuando con tus espadas cavabas tus entrañas, de modo que el enemigo se compadecía, para que él perdonara, y tú fueras cruel. Veías, en efecto, que Dios luchaba contra ti, y cumplía el papel de los romanos, para que tú misma te infligieras la perdición voluntaria: por eso los romanos preferían ser espectadores, que golpeadores, para que al intervenir en tus entrañas furiosas entre sí, no se les considerara más como contagio que como fortaleza. A estos castigos de muerte nefanda se añadía la impía inhumanidad de la

crueledad, para que se negara la sepultura a todos los que habían sido asesinados ya sea en el templo o en las calles de la ciudad: ni había tiempo para enterrar a nadie, mientras se ocupaban en guerras entre sí, y la preocupación por golpear más que por enterrar mantenía a todos ocupados. Así, en cierta furia, habían matado los deberes de la piedad, crecían los ministerios de la impiedad; y nada más en tantas calamidades había perecido, que la misericordia, que sola suele aliviar las miserias, consolar las aflicciones. Pues incluso aquellos que habían perdido a los suyos, no se atrevían a enterrar por miedo, cuando un grave terror se cernía sobre ellos por parte de los príncipes de la facción opuesta: y aquellos que habían matado, temían a los extraños, no fuera que alguien se los arrebatara para la sepultura. Así que era necesario temer a todos, no fuera que lo que quisieran dar a otro, se lo tomaran para sí: o lo que es peor, que el uso del sepulcro que habían preparado, no lo obtuvieran ellos mismos.

CAPÍTULO VI.

En el templo, pues, en lugar de ungüentos fragantes, en lugar de inciensos aromáticos, en lugar de los olores de diversas flores, había un fuerte hedor de cadáveres insepultos, que la lluvia había disuelto, que la llama había quemado, que el sol había calentado. Todos los miembros de los ciudadanos muertos apestaban con un olor fétido. De aquí la putrefacción de las entrañas descompuestas, de allí el hedor de los quemados llenaban todos los sentidos y bocas de los vivos, de modo que ellos mismos poco después se consumían por una enfermedad más grave, y se lamentaban de haber sobrevivido, porque perecían con un castigo más duro, y se conservaban para ver cómo con la patria se disolvían también las leyes de la naturaleza, se negaba el derecho a los vivos, la paz a los ciudadanos, la sepultura a los muertos, se mancillaban y contaminaban por igual las cosas humanas y divinas, todo se mezclaba. La misericordia era considerada criminal, la crueldad se tenía por religión, un campamento en el templo, guerra en el umbral, un funeral en los altares: ver con los ojos lo que no habrían creído que sucedería, aunque los profetas lo hubieran anunciado. Pues de esto había dicho David: Han profanado tu santo templo, han puesto los cadáveres de tus siervos como alimento para las aves del cielo: han derramado su sangre como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien los enterrara (Salmo 78, 1-3). Pues entonces, al mismo tiempo, vinieron las naciones a la herencia de Dios para llevarse todo, y el templo fue profanado con los funerales de los suyos, y yacían insepultos los cadáveres de los asesinados para el alimento de las aves y la voracidad de las bestias, se derramó la sangre hasta estancarse en el templo, faltaba quien los enterrara: porque la furia se trasladaba de los vivos a los muertos, de los muertos a los que aún vivían. Alguien quería enterrar a un difunto, él mismo era asesinado. Y quien había matado al difunto, transfería su ira al sepulturero, para negarle la sepultura: este a su vez era asesinado por quien había matado al sepulturero, ejercía una mayor crueldad contra el difunto, para despojarlo del último deber de la naturaleza, aunque ya no debía nada al odio, ni sentía los castigos.

CAPÍTULO VII.

¿Qué otra cosa podía sucederles a aquellos que no recibían los oráculos divinos? Se burlaban de las anunciaciones de los profetas, pisoteaban toda ley, y ellos mismos aceleraron que lo futuro sucediera. Pues había una antigua y frecuente palabra, que entonces Jerusalén perecería y sus cosas sagradas serían quemadas, cuando la sedición violara la ley de la guerra, y las manos domésticas contaminaran el templo de Dios. Ni siquiera entendieron esto: ¡Cuántas veces fue destruida la casa de Dios! ¡Cuántas veces sedición! ¡Cuántas veces guerra! y nunca esa ciudad pereció, sino cuando crucificaron al Señor, verdadero Templo de Dios, con manos domésticas. Por lo cual también escuchan aquello: Destruid este templo, y

en tres días lo levantaré (Juan 2, 19). ¿Qué otra cosa fue sino sacrilegio, cuando extendieron sus manos impías sobre el autor de la salvación, cuando lo apedrearon, cuando lo azotaron, cuando lo reprendieron, cuando lo mataron? Entonces verdaderamente sus cosas sagradas fueron consumidas por el fuego divino. Pues quemada por los babilonios, fue reparada. Después destruida por Pompeyo, fue reformada de nuevo. Pero completamente quemada cuando vino Jesús, y los dones del espíritu divino se disolvieron y desaparecieron. Era necesario preceder con un lamento más abundante el funeral de una cierta solemnidad paterna, y como seguir ciertas exequias, y cumplir según las instituciones de los mayores.

CAPÍTULO VIII.

Pero vengamos al resumen de la destrucción de Jerusalén, y a la caída de los judíos. Con razón debían ser derribados y considerados viles, quienes compraron a Jesús, más valioso que todos los precios, por el precio de treinta denarios de un discípulo: no para tenerlo como Señor, sino para quitarlo de la tierra de los vivientes como iniquo. Por lo cual justamente fueron expulsados de su herencia, más viles que la paja, y dispersados por todas las tierras por las naciones, a las que temían que les quitaran el lugar y la nación. Y quienes compraron a Jesús por treinta denarios para perderlo, justamente después vieron vender treinta cabezas de los suyos por un denario para burlarse. Porque, ya que casi todos los judíos consintieron unánimemente en la muerte de nuestro Señor Jesucristo, con la venganza inminente casi todos fueron reunidos de todas las regiones para el día festivo de los Ázimos y rodeados repentinamente por la guerra: para que primero les naciera una peste mortal por la estrechez del lugar, luego rápidamente el hambre. Que la ciudad pudiera contener tal multitud de hombres, era cierto por aquellos que estuvieron bajo Cestio. Pues enumerados entonces los hombres de la ciudad por Floro, deseando informar a Nerón, quien despreciaba a la nación, había pedido a los pontífices que, si de alguna manera pudieran, contaran la multitud. Ellos, pues, cuando se acercaba el día festivo llamado Pascua, cuando desde la novena hora hasta la undécima sacrifican las víctimas, y por cada grupo de no menos de diez personas, pues no se permite comer solo, muchos vecinos se reúnen: contaron doscientos cincuenta y seis mil quinientas víctimas. Si contamos diez comensales por cada una, son dos millones setecientos mil, todos santos y puros. Pues no se permitía participar en los sacrificios a los leprosos o vitiliginosos, o a los que fluían de semen, a quienes llaman ginecicos: ni a las mujeres contaminadas por el flujo menstrual, ni a otros impuros, ni siquiera a los extranjeros, a menos que hubieran venido por causa de la religión.

CAPÍTULO IX.

En verdad, esta gran multitud se reunía de los extranjeros. Sin embargo, entonces toda la nación fue encerrada por el destino como en una cárcel, y la ciudad llena de hombres, fue sitiada por la guerra. Así que el número de los muertos supera toda peste humana y enviada divinamente, a quienes en parte mataron abiertamente, en parte capturaron los romanos. Explorando las cloacas y desenterrando sepulcros, mataban a quienes encontraban. Se encontraron allí más de dos mil, de los cuales algunos se mataron con su propia mano, pero la mayoría se mataron mutuamente con heridas, mientras el hambre se apoderaba de otros. Pues pagaban el castigo de sus crímenes, quienes después de haber crucificado a Jesús, árbitro de lo divino, también perseguían a sus discípulos: sin embargo, muchos judíos, muchos gentiles creyeron en él, cuando eran invitados por preceptos morales y obras que fluían más allá de la posibilidad humana, a las cuales ni siquiera su muerte puso fin a la fe o a la gracia: más bien, aumentó la devoción. También levantaron manos parricidas, y llevaron al autor de la vida para ser ejecutado ante Pilato: y comenzaron a presionar al juez que se resistía: en lo cual, sin embargo, no se excusa a Pilato, sino que se agrava la locura de los judíos: porque ni él debió

juzgar a quien no había encontrado culpable, ni ellos debieron duplicar el sacrilegio con parricidio, para que fuera condenado por aquellos a quienes se había ofrecido para redimir y sanar. Aunque Pilato se lavó las manos, diciendo: Soy inocente de la sangre de este justo, vosotros veréis (Mateo 27, 24): sin embargo, no es menos culpable, quien reconociendo la gloria de la resurrección del Señor, se esforzó por predicarla a regañadientes, pero como incrédulo despreció creer, como lo atestigua su carta dirigida a César de esta manera.

CAPÍTULO X.

Poncio Pilato a Claudio, saludos. Recientemente sucedió, y lo comprobé yo mismo, que los judíos por envidia se castigaron a sí mismos y a sus descendientes con una condena cruel. Pues cuando sus padres tenían la promesa de que su Dios les enviaría desde el cielo a su Santo, quien con razón sería llamado su Rey, y prometió enviarlo a la tierra por medio de una Virgen: así que cuando Dios de los hebreos lo envió a Judea bajo mi gobierno, y vieron que él iluminaba a los ciegos, limpiaba a los leprosos, curaba a los paralíticos, expulsaba demonios de los hombres, incluso resucitaba a los muertos, mandaba a los vientos, caminaba con pies secos sobre las aguas del mar, y hacía muchas otras cosas, cuando todo el pueblo de los judíos decía que él era el Hijo de Dios, los príncipes de los judíos sintieron envidia contra él, y lo apresaron, y me lo entregaron, y mintiendo me dijeron otras cosas sobre él, afirmando que era un mago, y que actuaba contra su ley. Yo creí que era así, y lo entregué flagelado a su arbitrio. Pero ellos lo crucificaron, y después de sepultarlo, pusieron guardias. Sin embargo, mientras mis soldados lo custodiaban, resucitó al tercer día: y la maldad de los judíos se encendió tanto, que dieron dinero a los guardias, y dijeron: Decid que sus discípulos robaron su cuerpo (Mateo 28, 13). Pero aunque aceptaron el dinero, no pudieron callar lo que había sucedido. Pues también testificaron que lo vieron resucitar, y que recibieron dinero de los judíos.

CAPÍTULO XI.

Esto lo hemos incluido para que nadie mienta de otra manera, y piense que debe creerse en las mentiras de los judíos. De lo cual ellos mismos, los pérfidos, testifican, diciendo el escritor de historias Josefo, que en ese tiempo hubo un hombre sabio (si es que debe llamarse hombre, dice), creador de obras maravillosas, quien apareció a sus discípulos, al tercer día de su muerte, vivo según las escrituras de los profetas: quienes profetizaron de él estas y otras innumerables cosas llenas de milagros: de quien comenzó la congregación de los cristianos, y penetró en toda la raza humana: ni quedó ninguna nación del orbe romano que quedara sin su culto. Si los judíos no nos creen a nosotros, al menos crean a los suyos: esto dijo Josefo, a quien ellos consideran el más grande. Y sin embargo, en lo que dijo la verdad por la fidelidad de la historia, porque consideraba un pecado engañar, y no creyó por la dureza de su corazón y la intención de su perfidia: no obstante, no prejuzga la verdad, porque no creyó, sino que añadió más al testimonio, porque ni siquiera como incrédulo, y a regañadientes lo negó. En lo cual se manifestó el eterno poder de Cristo Jesús, que incluso los príncipes de la sinagoga, quienes lo habían apresado para la muerte, lo confesaban como Dios. Y verdaderamente, como Dios, sin excepción de personas ni temor alguno a la muerte, también anunció la futura destrucción del templo, pero no los conmovió la injuria al templo. Pero porque eran reprendidos por él en sus crímenes y sacrilegios, de ahí surgió la ira, para que mataran a aquel a quien no habían tenido en ningún tiempo. Pues mientras otros merecieron hacer lo que hicieron predicando: él tenía en su poder obtener todo lo que quisiera que se hiciera.

CAPÍTULO XII.

Octavo día del mes de septiembre, la ciudad fue incendiada: durante todo el tiempo fueron asesinadas un millón de personas, según afirman muchos: todos judíos, pero no todos de la misma región o lugar, ya que habían acudido de todas partes en el tiempo de la solemnidad pascual: noventa y siete mil fueron llevados cautivos. Finalmente, debido a la gran multitud de cautivos, fue tan útil que los romanos vendieron a treinta bajo la corona por una moneda. Terminado el asedio, el César Tito ordenó destruir completamente la ciudad y el templo, para que se cumpliera la palabra del Señor Jesús que predijo: "En verdad os digo, no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida" (Mateo 24, 2): tal fue el fin del asedio de Jerusalén. La misma ciudad de Jerusalén fue fundada por un poderoso de los cananeos, que en su lengua nativa se llamaba Rey Justo, a la que primero llamó Salem, luego añadió el templo: de ahí que la ciudad se llame Jerusalén. Desde el principio tuvo como habitantes a gente de los cananeos. David, el primer hombre hebreo, expulsó a los cananeos, estableció a los suyos, y en ella se hizo una casa real. Quiso también construir un templo a Dios, pero fue prohibido por un oráculo, dejando a Salomón como heredero; quien construiría el templo que él había prometido. Salomón, por tanto, fundó el templo. Los demás reyes también añadieron muchas cosas al ornato de la ciudad; de la magnificencia surgió la envidia.

CAPÍTULO XIII.

Entre todas las obras, el templo sobresalía por su obra amplísima y mármol resplandeciente, un velo precioso y grande, tejido de escarlata, jacinto y lino, de púrpura no como materia ociosa de tanta diversidad, sino cuya apariencia señalaba el misterio de cosas ocultas: porque era el templo de aquel que dominaba el cielo y el aire, la tierra y el mar, como creador de los elementos, y gobernaba y dirigía todo solo. Pues la escarlata figura el cielo ígneo, el jacinto el aire, el lino la tierra, el mar la púrpura, que se tiñe con el molusco marino: para que recojas dos por el color, dos por la generación. Finalmente, el sumo sacerdote solía expresar estas cuatro cosas en su vestimenta, cuando era la máxima celebración de los días festivos; como si vistiera todo el mundo, para suplicar por el pueblo, en la figura de aquel que había de venir, el sumo sacerdote Jesús, para quitar el pecado del mundo. El sumo sacerdote cubría sus muslos con una vestidura interior de lino, porque en el sacerdote se busca sobre todo la fe de la mente y la castidad del cuerpo, que debe ceñir la intemperancia de la carne. Había dos tabernáculos sagrados, uno interior, otro exterior: en este siempre entraban los sacerdotes: en aquel interior que se llamaba santo, una vez entraba el sumo sacerdote, no sin sangre que ofrecía por sí mismo y por la ignorancia y delito del pueblo. Esto significando el Espíritu Santo que vendría Jesús, quien verdaderamente solo entraría en los interiores de los secretos divinos de los sacramentos, y en los misterios de la sustancia celestial que solo él conocía; también reconciliaría al Padre con todo el mundo con su sangre, para que tuviera misericordia de las cosas celestiales y terrenales. Finalmente, después de que vino, pacificó todo por la sangre de su cruz, lo que está en el cielo o en la tierra (Colosenses 1, 20).

CAPÍTULO XIV.

Dentro, el incensario, dentro, la mesa, dentro, la lámpara. El incensario, que así como el incienso, se dirige a Dios Padre, especialmente la oración sacerdotal (Salmo 140, 2). La mesa, porque en ella está la pasión de Cristo, y los misterios de los sacramentos. De donde David dice: "Preparaste mesa delante de mí" (Salmo 23, 5), de la cual como los doce panes, los doce apóstoles son testigos de su pasión y resurrección. La lámpara, que se pone bajo el candelabro, antes estaba bajo el celemín, es decir, la medida de la ley: ahora está en la plenitud de la gracia, derramando luz frecuente en el heptamicho, porque el Espíritu Santo ilumina el templo de Dios con las siete virtudes de las máximas gracias. El conocimiento de

la Trinidad, por tanto, estaba en los interiores del templo, que se llamaban el Santo de los Santos, donde una vez floreció la vara de Aarón: que la gracia sacerdotal en Cristo obraría más después de la muerte, con la que redimió al mundo. Los judíos, por tanto, si hubieran querido creer, tenían señales evidentes del inminente exterminio, con las que como con voces claras se les advertía que el fin se acercaba. Pues durante casi un año sobre el mismo templo ardió un cometa con cierta semejanza de una espada colgante, anunciando también por el hierro y el fuego, la devastación de la nación, del reino y de la misma ciudad. ¿Qué significaría la semejanza de la espada sino guerra, qué el fuego sino incendio? Sin embargo, fue visto antes de que el pueblo se separara de los romanos. En los mismos días de la Pascua, el octavo día del undécimo mes, cada noche alrededor de la novena hora, el templo y su altar resplandecían con tal luz, como si fuera de día, permaneciendo casi media hora diariamente: lo que el vulgo interpretaba como una señal de que la nación se multiplicaría: y fueron impulsados por ello como si el tiempo de recuperar la libertad estuviera cerca. Los más prudentes, en cambio, opinaban que este tipo de estrella solía anunciar guerra.

CAPÍTULO XV.

Para que nadie piense que hablamos de cosas ajenas a nuestro culto y disciplina, primero no afirmamos lo que nos parece, sino lo que sucedió, cuáles fueron las opiniones de aquel tiempo, qué pensaron los prudentes, qué los imprudentes, ni cuando se dijo algo sobre la secta de los judíos, parece escrito por nosotros como si fuera en verdad su culto, no como si en sombra y figura lo hubiéramos tejido, para seguir lo más perfecto. Pues también en el Evangelio se nos enseña sobre las señales de las estrellas, porque "habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas" (Lucas 21, 25). También afirmaron que una vaca, cuando estaba para ser sacrificada en los altares en medio del templo, dio a luz un cordero en las mismas celebraciones sagradas que mencionamos antes. También la puerta oriental interior, pesada de bronce sólido, que solía cerrarse al atardecer con el esfuerzo de veinte hombres, con los cerrojos de hierro cerrados, durante algunas noches se abrió espontáneamente, y apenas después fue cerrada por los guardianes. Esto también muchos lo consideraban una señal de futuros bienes, para quienes la puerta se abriría al entrar: los más sabios decían que parecía que la custodia del templo estaba disuelta, para que todo lo que había dentro fuera saqueado por los enemigos, el culto interior saliera y fuera vaciado por la devastación, la celebración de los sacrificios fuera destruida, lo que también antes de que crucificaran a Cristo Jesús, la lectura enseña que fue claramente significado. Después de muchos días también apareció una figura de magnitud inestimable, que muchos observaron (como manifestaron los libros de los judíos), y antes de la puesta del sol de repente se vieron en las nubes carros y ejércitos armados: con los cuales se asaltaron las ciudades de toda Judea y su región: en la misma solemnidad de Pentecostés, los sacerdotes que entraban en los interiores del templo, en tiempo nocturno para celebrar los sacrificios acostumbrados, primero sintieron un cierto movimiento, y un sonido emitido; después también escucharon una voz repentina que clamaba: "Pasemos de aquí".

CAPÍTULO XVI.

Jesús, hijo de Ananías, un hombre campesino, cuatro años antes de que el pueblo judío comenzara la guerra, en la máxima paz de la ciudad y abundancia, cuando se celebraban las solemnes fiestas de los tabernáculos, subiendo al templo comenzó a clamar: "Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz sobre Jerusalén, sobre el templo, voz sobre los esposos y esposas, voz sobre todo el pueblo". Esto lo vociferaba de noche y de día. Los principales del lugar, conmocionados, lo arrestaron, horrorizados por el terrible presagio de su voz, y lo sometieron a muchos castigos, para que al menos afligido por el dolor, dejara de

anunciar cosas terribles y llenas de prodigios. Pero él, ni por miedo alguno ni por golpes o amenazas más graves, se aterrorizó, ni cambió su uso o voz, sino que permanecía en la misma perseverancia de la denuncia, en el mismo contexto de palabras, sin ninguna interrupción de súplica, indiferente a la injuria, inmutable en su afecto. No considerándolo como algo superficial, sino como una expresión en un éxtasis de la mente, como era, lo llevaron ante el juez del lugar, quien en ese tiempo, por los romanos, manejaba los asuntos públicos del lugar. Este, para investigar la verdad, lo torturó con las penas más severas. Cuanto más perseveraba, más ordenaba azotar al hombre con látigos, para que si descubría alguna señal secreta del tumulto futuro, la manifestara. Pero él ni lloró, ni rogó, sino que a cada golpe, no su propia destrucción, sino la de la patria lamentaba lastimeramente, diciendo: "Ay de Jerusalén". Ni preguntado quién era, o de dónde, o por qué decía lo mismo, dio respuesta: sino que solo esa lamentación de la patria, con un lamento miserable, proseguía. Cansado, por tanto, Albino (pues ese era el nombre del hombre) lo liberó como a un demente, que no sentía lo que decía. Pero él ni tenía conversación alguna con nadie, ni se le oyó decir otra cosa durante el resto del tiempo; sino que cantando esto como un canto lúgubre y fúnebre, de día y de noche continuamente resonaba, "Ay de Jerusalén": ni insultaba al que lo golpeaba, ni agradecía al que le daba comida: una era la misma respuesta llena de lamento fúnebre para todos, y especialmente en las celebraciones de los sacrificios. Durante siete años y cinco meses la misma serie de palabras, el mismo sonido de voz. Permaneció, por tanto, incansable tanto tiempo: cuando comenzó el asedio, dejó de vociferar lo mismo, como si debiera cesar la denuncia cuando estaban presentes las cosas que habían sido denunciadas. Pero cuando la llama comenzó a envolver la ciudad y el templo, rodeando el muro comenzó a clamar de nuevo: "Ay de la ciudad y del pueblo y del templo". Y al final añadió, "Ay también de mí"; y con un golpe de honda en la misma voz entregó su espíritu.

CAPÍTULO XVII.

También estaba escrito en antiguas letras que la ciudad con el templo perecería cuando el templo se hiciera cuadrado. Por lo tanto, ya sea olvidados, o aturdidos por la necesidad de los males inminentes, cuando fue ocupada la Antonia, hicieron cuadrado alrededor del templo. Entre lo cual, lo más sobresaliente, que también estaba impreso en antiguas letras (que llamaban sagradas), que según ese tiempo, habría un hombre que asumiría el imperio sobre el mundo desde su región. Lo cual los puso en tal furia, que no solo se prometieron a sí mismos libertad, sino también reino. Algunos pensaron que esto debía referirse a Vespasiano, los más prudentes a el Señor Jesús, quien según la carne nacido de María difundió su reino por todo el mundo. Con tantas cosas permaneciendo, no pudieron evitar lo que divinamente se decretaba. Pues reconociendo la ira manifiesta de Dios sobre ellos, se negaron a alcanzar algún remedio de consolación: tanta era la obnubilación del crimen que cubría los ojos de sus mentes.

CAPÍTULO XVIII.

Desesperados ciertamente y de sus asuntos, el autor de las revueltas Eleazar, entre otras palabras de desconfianza, se quejó así de su abandono por Dios: Oh miserables, ¿a qué esperanza de esta vida nos reservamos? Sea que el enemigo perdone, ¿qué aprovechará con la ofensa clara de Dios? los fuegos dirigidos por el enemigo hacia nosotros, los vientos cambiados, las llamas vueltas, para que nuestros auxilios fueran eliminados. ¿Quién podrá vivir con Dios adverso? No hay lugar para el perdón, sino un claro mandato de muerte voluntaria. ¿Qué hizo la noche intervenir, sino para que el enemigo no nos sorprendiera, ni al quemar la defensa del muro inmediatamente irrumpiera; sino para que se nos reservara tiempo para ejercitar la mutua muerte, y se nos permitiera morir con nuestros hijos y parientes, para no ver a los ancianos jadeantes y ancianas ser arrastrados por los romanos, a

las esposas más queridas ser llevadas a la lujuria del vencedor? Muramos por la patria, para no ser sobrevivientes de tanta deshonra y oprobio. ¿A dónde, pues, huiremos de la faz de Dios, o a dónde iremos con el Señor del cielo enfurecido contra nosotros? Si caen sobre nosotros los montes y nos esconden en cavernas, ¿cómo podremos evitar la indignación de tan gran poder? ¿a dónde, pues, avanzaremos, para que no esté Dios, cuando él está en todas partes? ¿Son acaso ejemplos mediocres, por los cuales se nos enseña que ya hace tiempo que está enfurecido contra nuestra nación por nuestros pecados, quien antes presidía? ¿Quién duda de esto, cuando ve que nuestras manos se han vuelto contra nosotros, y que más han perecido por la sedición doméstica que por la guerra?

CAPÍTULO XIX.

No perdonaré a los romanos por haber vencido, ni ellos mismos se atribuyen esto, que saben que casi todos perecieron más por nuestras armas que por las ajenas: y los judíos que habitan en Cesarea vieron las armas romanas, de los cuales en el día de descanso del sábado, durante el culto solemne de nuestros sacrificios, la multitud de gentiles de Cesarea, encendida por un cierto impulso repentino y furia enviada desde arriba, destruyó veinte mil, expulsó a todos, para vaciar toda la ciudad. ¿No llenó toda Siria la demencia, para que los judíos y los gentiles situados en las mismas ciudades, y antes unidos por la gracia de la residencia, después se enfrentaran entre sí con armas, para que se estableciera un vado para la futura victoria de los romanos? Pues ¿qué diré de Escitópolis? donde los judíos primero se dirigieron, para prevenir al pueblo gentil, para que no tramara nada contra los nuestros siguiendo el ejemplo de las demás ciudades? Por lo tanto, aquellos que debían estar unidos para luchar con fuerzas contra los extranjeros, estos en cambio los judíos lucharon entre sí; para que una parte de ellos luchara contra sus parientes y cercanos. Luego ellos mismos, como precio de su trabajo y sangre derramada, fueron asesinados por los gentiles, lo que ellos mismos impidieron que se hiciera en los gentiles. Los damascenos, sin causa alguna, mataron a ocho mil judíos. Los ascalonitas a dos mil quinientos. También en la ciudad llamada Ptolemaida, fueron asesinados dos mil. En Alejandría, en verdad, había un antiguo odio entre los judíos y los pueblos gentiles, desde que el gran Alejandro usó el apoyo de los judíos para someter a los egipcios: de donde, fundada la ciudad, se otorgaron privilegios y residencias por igual a judíos y egipcios, para que no se mezclara su culto, quienes querían guardar sus purificaciones sin ninguna contaminación. De ahí que hubo frecuentes conflictos entre ellos, surgieron disputas, se buscó juicio. Sin embargo, no consta que se haya violado nada de los beneficios de tan gran rey, pero después, con el tumulto de los gentiles, cuando algunos judíos fueron asesinados, otros detenidos para castigo: el pueblo judío, movido por la injuria, se levantó contra los autores de la injuria: y cuando querían vengarse más obstinadamente de los ciudadanos, se introdujo el ejército romano que mató a sesenta mil judíos dentro de la ciudad.

CAPÍTULO XX.

Pero ¿por qué me detengo en cosas menores, cuando debemos lamentar la ruina de todo el mundo en la caída de una sola ciudad? ¿Dónde está la gran ciudad de Jerusalén? ¿dónde la hermosa Sion? ¿dónde el templo admirable? ¿dónde según aquel tabernáculo de santidad el santuario, donde una vez al año solo el sumo sacerdote solía entrar no sin sangre, que ofrecía por sí mismo y por el delito del pueblo? Profanado por los gentiles: habitan en los restos de la ciudad quienes la destruyeron. ¿Dónde, digo, estás, ciudad llena de pueblos, venerable para los reyes, aceptable a Dios, sede de la gracia? tus pavimentos de mármol, tus paredes resplandecientes de mármol, tus techos brillaban con mármol precioso; tus puertas relucientes de oro, otras resplandecientes de plata. Todos asesinados, tanto los que te habitaban

continuamente, como los que acudían a ti desde todas las partes del mundo, para que no haya duda de que todo el mundo pereció en ti. Desnudo todo, quemado desde los techos, destruido desde los cimientos: tu morada se ha hecho desierta; y aún a alguien le place vivir, y no se arrepiente de haber vivido? Ojos duros, que pueden ver esto: ánimos crueles, que pueden querer sobrevivir a tantos dolores, no porque haya cesado la calamidad, sino porque ya no hay descanso. ¿A dónde dirigiremos los ojos, o qué nos deleitará decidir? toda la ciudad es un sepulcro de muertos: al mirar al sol se encuentran cenizas; caminos vacíos de vivos, llenos de cadáveres. Ancianos miserables con canas cenicientas, y con vestiduras rasgadas se sientan sobre los restos de los muertos, cubriendo los huesos desnudos, para defenderlos de las aves y las bestias. Pocas mujeres intactas, que el impío soldado ha reservado para la deshonra, no para la vida. ¿Quién viendo esto y pensando en la postergación de vivir, se atreverá a levantar los ojos al cielo? ¿Quién tan olvidado de la patria, enemigo de los suyos, ajeno a la piedad, sin dulzura, cuyo espíritu tan afeminado sea blando? ¿Quién tan temeroso, que no le avergüence ser reservado para esto? Ojalá hubiéramos perecido hace tiempo, o si la vida hubiera permanecido, la luz de los ojos hubiera perecido antes de que viéramos la santa ciudad destruida por manos enemigas, y este templo consagrado a Dios por nuestros mayores, ser quemado tan impiamente por las llamas, o viéramos a los sacerdotes yacer asesinados en el templo!

CAPÍTULO XXI.

Enmendemos, por tanto, que hemos sobrevivido a estos males, para que parezca que no hemos postergado la muerte por amor a la vida, sino por la intención de la virtud. El enemigo ha rodeado toda la fortificación. Nada queda, sino nosotros, o nuestras esposas: ya están subastando a nuestros hijos, y compiten entre sí, quién se llevará a la esposa de quién, si deben ser distribuidas según los méritos de las dignidades o los órdenes de las personas, o ser obligadas a someterse a la suerte de los miserables; también se nos preparan prodigios de penas, tormentos exquisitísimos: no solo llamas ardientes, o diversas muertes por el golpe del hacha victoriosa: ciertamente un duro castigo después de las cadenas, después de la cárcel, después del yugo, pero más tolerable para los hombres, si se vaca de burla; sino también miembros arrancados a los vivos, y especialmente manos truncadas. No sin razón, porque fallaron en su deber, cuando podían ayudarse a sí mismas. También se debe temer el ser devorados por las fieras para el espectáculo de los vencedores, que ya se celebra en diversas arenas de las ciudades: o debe sernos vergonzoso por ejemplo, o admirable por la vista, para que seamos reservados, o para luchar con las bestias, o con los hermanos.

CAPÍTULO XXII.

Y muchas otras cosas de este tipo Eleazar sacaba a la luz, llenas de desconfianza y desesperación. De todo esto, y de los mismos eventos, cuando los judíos reconocieron que Dios estaba manifiestamente enojado con ellos; no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos; y su insensato corazón se oscureció (Rom. I, 21); y a aquel que vino solo a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24), lo odiaron, lo crucificaron odiándolo, y trataron de anular la gloria de la resurrección. Pues si no lo hubieran conocido, no habrían sido culpables de tal cosa. Por eso el mismo Señor sobre ellos: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado: pero ahora han visto y han odiado tanto a mí como a mi Padre (Juan XV, 22-24). Reconocieron ciertamente del Padre cómo también los demonios decían: Sabemos que eres el Hijo de Dios (Marcos I, 24; Lucas IV, 33): viendo maravillas, oyendo cosas aún más maravillosas; pero no reconocieron la verdad del asunto: porque con corazones duros se negaron a creer. Pues si creyendo

verdaderamente lo hubieran reconocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria, como dice Pablo (I Cor. II, 8). De aquí el Profeta: El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: pero Israel no me conoció (Isa. I, 3). ¿Qué se entiende por el buey, sino cada predicador santo que trabaja en la semilla de la palabra de Dios? ¿Qué se designa por el asno, sino el pueblo bruto de las naciones? que al oír la predicación de cualquier pastor, corrió de inmediato al pesebre del Señor, para adherirse al alimento de la palabra de Dios.

CAPÍTULO XXIII.

Bien, después de cuarenta y dos años de su visita, Israel es exterminado de la tierra de la promesa, porque después de cuarenta años de salida de Egipto, se dice que fue introducido en ella; en los cuales recibió por segunda vez las dos tablas de piedra del decálogo, por las cuales se prefigura un bienio, destinado al número de adversión; en los cuales también es especialmente notable la exaltación de la serpiente de bronce, cuya mirada restauraba a la vida a cualquiera que estuviera moribundo. Pues así como en ese período fueron alimentados con maná, y recibieron la ley escrita en tablas de piedra a través del mediador Moisés, y quienes en el momento de la muerte no miraron a la serpiente exaltada, perecieron: así dentro de este tiempo de destrucción, rehusando salubrementemente beber del verdadero maná (de donde se había dicho (Juan VI, 51): Yo soy el pan vivo, que descendió del cielo, etc.), y disimulando seguir al verdadero mediador Cristo Jesús, de quien se había predicho: El Señor tu Dios te levantará un profeta de entre tus hermanos; como a mí lo escucharás, quien no lo escuche será exterminado de su pueblo (Deut. XVIII, 15-18): y disimulando seguir sus leyes verdaderas escritas en sí mismo como la verdadera roca, rechazando creer que fue exaltado en la cruz y resucitó de entre los muertos, en el momento de la más miserable destrucción, fueron exterminados de la tierra de la promesa, y perecieron: para que el pueblo que habitaba en tinieblas y en la región de sombra de muerte (Isa. IX, 2), viendo la luz eterna de la resurrección, entre en ella con toda su plenitud; y así las reliquias de Israel sean salvas (Rom. IX, 2), para que de dos paredes, una Iglesia se construya en la resurrección sobre aquella piedra angular que hará de ambos uno (Efes. II, 14), nuestro Señor Cristo Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.